

que lleva 28 años viniendo al festival.

Pero para Paco estos tiempos son mejores: «Antes, todos piojosos... y ahora, ¿qué? Ahora todos millonarios».

—¿Millonarios?

—Pos claro. A ver, ¿quién lleva remiendos?... Pero si lo que se coge de la basura vale más que tó lo que teníamos antes, hombre...

Y me cuenta Paco que tuvo su primer traje «entero» en 1924, «cuando sorteé». Para comprarlo tuvo que trabajar veinte días, «cuando ganaba tres pesetas de jornal como maestro panadero. Y eso que trabajaba hasta doce y catorce horas...»

Anís: su célebre bebida «blanca» arrastra una tradición de cuatro siglos

Claro, que tampoco está contento con todo lo de ahora, «por que hay de tó, y según dicen los periódicos y la radio no hay más que robos y crímenes por to'los laos...».

Me dice que ahora todos los días es fiesta en todas las partes y uno de sus constantes contertulios ante la puerta del establecimiento, también anciano de Chinchón, me enseña la blusa típica del pueblo... «y la faja también, ¿eh?». La blusa, negra, severa, de las que ya no se ven, me explican que hay que llevarla suelta, porque es muy cómoda, aunque hay quien la ata por debajo de la cintura, con un cordón que la ciñe. «Es lo típico en Chinchón desde siempre».

Y los ancianos, con el «¡Vaya con Dios!», del que hacen fórmula y casi rito de saludo los chinchoneros «de antes», le ven a uno alejarse por la plaza —siempre la plaza— con la copita del anís —siempre el anís— ahogándole los últimos sabores del primer café con leche.

● 1.600 REALES DE VELLÓN

La plaza, anfiteatro de vida sin bastidores y albero improvisado en la lucha contra el toro, dicen que, allá por 1630, le costó al Ayuntamiento de Chinchón tanto como 1.600 reales de vellón. Bueno, no lo «dicen». La verdad es que me lo cuenta, a vuelapluma, Baldomero Martínez, alcalde que fue de la villa durante doce años y medio, y que lleva en su mente la historia vital de un Chinchón que le quiere.



Vista parcial de la villa, con el Castillo de los Condes

Era propiedad, según dice Baldomero, de un vecino de Illescas llamado Juan Tinajero que, en efecto, la vendió al Ayuntamiento en aquella fecha y por aquella cantidad. Me cuenta también que hasta el siglo XIX se daban en ella capeas con toros de Campo Real, y que su reforma, entre 1967 y 1970 costó diez millones de pesetas.

Ahora, claro, además de esa fiesta que para Paco era cada día, en cada sitio, el bello conjunto de soportales vive la gran fiesta en Santiago y en San Roque, gracias a los festejos taurinos organizados por el Ayuntamiento.

Uno diría que esas fiestas grandes son algo así como «las fiestas del toro y el anís». Del anís que desde 1911 comenzó a destilar la Alcoholera, a la que hay que rendir visita obligada.

● EL ANIS

Según relata una breve historia de Chinchón y de su bebida «blanca», que la entidad ofrece a sus visitantes, los cristianos aprendieron el arte árabe de la destilación, realizada en rudimentarios y primitivos alambiques, gracias a su convivencia con los musulmanes. «En los siglos XVI y XVII —sigue reseñando esa historia abreviada— se plantan en los campos de Chinchón grandes extensiones de vides, adaptadas a la sequedad del clima de la comarca. Después de las faenas de la vendimia, las «alquitarras» destilarán los orujos, redestilándolos otra vez con los granos de la planta de anís, cosechada también en el propio campo de Chinchón, produciéndose finalmente por condensación la célebre bebida blanca».

Compras pan y pagas arte. Hermoso capricho



Son menesteres a los que ahora se dedican 30 trabajadores en la alcoholera, decana en la villa, que todavía conserva el rancio sabor de un viejo edificio y chimenea de 1911, dentro de cuyos muros la cinta transportable conduce a la contemplación del anacronismo que trazan la historia y el progreso. O la industrialización, como se prefiera. Todo, claro, por el dulce o seco sabor de un anís que —y volvemos a la referencia que ofrece la Historia— «los arrieros madrileños y segovianos se encargaron principalmente de difundir a través de nuestras ciudades, villas y pueblos, y cuyo prestigio se

consolida en la Exposición de Chicago y París (1889 y 1900), al obtener la Medalla de Oro y el Diploma de Honor de estos certámenes de prestigio internacional».

Los antiguos cosecheros de Chinchón, que fabricaban vino y aguardiente, se agruparon en 1903 en cooperativa, a raíz de la puesta en vigencia de la Ley de Alcoholes de aquella época. De ahí, de esa unión, nació en 1911 la Sociedad Cooperativa Alcoholera de Chinchón, que en 1945 se transformó ya en la actual S. A. Alcoholera de Chinchón, en cuya sede se conserva todavía un viejo alambique de 1913, de bronce, que fue el primero que se

instaló en la localidad y hoy es algo así como el monumento varado para el recuerdo de una tradición.

Plaza: el albero improvisado para la fiesta de los toros lo compró el Ayuntamiento, en 1630, por 1.600 reales de vellón

En la actualidad, la alcoholera —otras fábricas han salpicado Chinchón— alcanza diariamente una producción de 18.000 litros de ese singular líquido que uno diría corre

panes casi obligada compra, como el anís o los ajos, para el visitante de la villa chinchonense. Alguien nos explica que la tradición se arrastra ya desde años, que el tiempo de cocción es escaso —auténticas obras de arte en cinco minutos— y que los precios —lógico— no corresponden en realidad al pan, sino al arte. Compras pan y pagas arte. Hermoso capri-cho. Singular comercio. Rico sabor a tradición no perdida.

Y del pan al mesón, con alto en el camino a las puertas de la iglesia de la Asunción, donde siguen en su revuelo los vencejos y el señor Julián, entre la charla

La blusa negra y la faja, típicas prendas chinchoneras, que hay que llevar bien «atás»



La cinta transportable del anís, pumóvil entre la tradición y la industria



simbólicamente por las venas de los chinchonenses en la misma medida que los ricos caldos de Valdepeñas corren por las de los hombres de La Mancha. Y es que, amén de industria, el anís es para Chinchón, ante todo, una tradición querida y admirada.

● EL MESÓN

Junto a la plaza, a la búsqueda del mesón —la tercera de las excelencias que canta ese «slogan» que hemos dicho va más allá del sabor a turismo— sorprende por su belleza, que es artesanía, la cocción de panes artísticos. Realizados en las más variadas formas —allí, en un escaparate, un escudo en pan del Real Madrid rendía gastronómico tributo al título liguero recién conquistado— son estos

con los viejos contertulios de cada mañana, salpica la vida de chistes y anécdotas, que todos le ríen, mientras él pone cara de pillo.

Y se atreve a decir, riéndose de una fortuna que sólo tiene de tal el trabajo puntual que en su juventud ha rendido cada día, que «daba tos mis millones por tener menos años». Claro que él se ríe

Mesón: judías, cochinillo, cordero y chorizo, pilares del buen yantar, con vino de la tierra y postre de miel sobre hojuelas

y no para, porque entre chiste y chiste, entre picardía y picardía, sabe que tal comercio es imposible.



Y no sólo porque no existan esos millones... Y es que el bueno del Julián, como la plaza, el mesón o el anís, es también —al igual que Paco, o que aquel otro que apura hasta los últimos milímetros de la colilla semiapagada— una parte importante de la tradición de un pueblo, que es villa, pero que a 45 kilómetros de los 4 millones de habitantes, sigue siendo pueblo.

Decía que íbamos hacia el mesón. Y vamos, en realidad, hacia lo que ayer fue una amplia casa de labranza, convertida hoy en inigualable casa de pitanza, a pie de horno con olor a cordero recién asado y de brasas encendidas. En ella, bajo el viejo molino de

aceite, varado también para el recuerdo de un pasado que acaso fue mejor, puede degustarse todo eso que en Chinchón es tradición de carta gastronómica: las judías, las sopas, el churrasco, el chorizo, y, desde luego, el cordero... y el vino. Un vino que, además, recibe bien ganado tributo en dos interminables hileras de cubas en las que han estampado su firma testimonial figuras del mundo de la política, de los toros, del deporte, del arte.

Doña Francisca Mesegar, que lleva quince años en la casa —«ff-jese usted a todas las personalidades que una ha visto pasar por aquí»—, le habla a uno de que



Castillo de Casasola, tributo mudo a un pasado escrito en piedra

en la cocina no existen «trucos»... «porque aquí se asa como antiguamente, con los mismos aderezos y, desde luego, con el horno de leña que da ese especial sabor al cordero o al cochinillo».

En Las Cuevas del Vino, hasta el huevo frito se convierte en un manjar para paladares exquisitos, junto al chorizo bien asado o las chuletitas de cordero, o esa miel sobre hojuelas que es, claro, el colmo de los colmos, traducido en expresión de deleite inigualable.

Junto al mesón, un bello museo

de carruajes «de los de antes», que dan marco al acontecimiento: «Hay personas que vienen expresamente a casarse hasta Chinchón sólo por ir en estos carruajes».

● CASASOLA

Y del buen yantar, punto final con el capítulo de un castillo apenas conocido por los madrileños: el de Casasola, que, como el de los condes de Chinchón, es también como un tributo mudo, pero de

amplia expresión, a un pasado escrito en piedra.

El Castillo de Casasola, testigo enhiesto de la historia, escasamente conocido por los madrileños

De regreso a Madrid, internándose por un camino escasamente transitado y «que hay que conocerlo», el enhiesto torreón de Casasola, en el paraje del mismo nombre donde una caballería reposa indiferente junto a la cuneta, brinda al visitante la posibilidad de los mil

siendo necesario el señorial arbitraje del Príncipe Don Enrique, que luego reinó con el nombre de Enrique IV».

Según Federico Bordejé, prestigioso conocedor de la historia de los castillos de España, y tal y como también reza ese breve compendio histórico a que acabamos de referirnos, «es una obra de ingeniería militar incalculable, ya que el pozo, el foso cortado en la peña viva con semejantes dimensiones, y luego el enorme picado o «peinado» expresamente hecho del aviento posterior del castillo, al igual que el puente, para hacerlo totalmente inabordable, son obras realmente excepcionales, a pesar de su aparente sencillez y sus ruinas y tosquedad constructiva. El pozo es seguramente uno de los mejores entre los poquísimos que de este género existen y el único, desde luego, de la provincia de Madrid».

A sólo 45 kilómetros de la capital, la villa chinchonense constituye uno de los principales focos de atractivo turístico de la provincia.

Por su parte, Simón Viñas refleja en su Historia de Chinchón, editada por la Diputación Provincial de Madrid en 1890, que «en la casa o castillo de Casasola se trató por elevados personajes de la proclamación del Rey Don Alfonso XII,

y por poco y rara casualidad no fueron sorprendidos por el Gobierno de aquella época».

Junto a los parajes de Casasola se han encontrado restos del Paleolítico y del Neolítico, rodeando la zona del castillo. Perteneció éste, como señalamos, a la Casa de Puñonrostro, de la que pasó a la Compañía Peninsular de Comercio, quien, a su vez, vendió parte del regadío al Instituto Nacional de Colonización, y la otra parte y el secano dehesa a don Clementino Clemente Ocaña, su actual propietario.

En la historia de la fortaleza de Casasola hay que añadir, además, un triste suceso acaecido en los primeros meses de este mismo año de 1979, en que, como nos relata su guardés, Antonio García Magro, sufrió el asalto de algunos saqueadores, que se llevaron de él monturas, armas antiguas, cuadros y dorados, en un atentado a la historia no sólo de Chinchón, sino de Castilla y de España.

La silueta del viejo castillo sigue acompañando al visitante durante su partida, encarando hacia la carretera de Titulcia a Morata de Tajuña, dejando atrás, cada vez más atrás, ese Chinchón del anís, plaza y mesón —siempre el anís, la plaza y el mesón— que recibe al visitante con el estrecho abrazo de su inmensa Plaza Mayor, a 45 kilómetros de Madrid. A 24 del Puente de Arganda.

Adrián GUERRA
(Fotos: Rogelio LEAL)



A pie de horno, con olor a cordero recién asado y a brasas encendidas

EL MUSEO LAZARO GALDIANO: LA UNIVERSALIDAD EN EL ARTE

Alma del museo: Don José Camón Aznar

EN 1914 don José Lázaro Galdiano construía su casa particular, un palacete ajardinado de cuatro plantas, futuro estuche de una variedad de colección de obras de arte. En 1951, el 27 de enero, el interior había sido reestructurado bajo la batuta de don José Camón Aznar. Nació el Museo Lázaro Galdiano. Por la calidad, variedad y exhibición de sus piezas se convertía en uno de los mejores museos españoles. Don José Camón Aznar, alma del museo, ha dejado de existir el 14 de mayo de 1979. Su último reposo sería el museo, bajo un cuadro de indudable valor: *El Salvador Adolescente*, de *Leonardo da Vinci*, donde se instaló la capilla ardiente.

DON JOSE CAMON AZNAR: HUMANISTA DE NUESTRO TIEMPO

«... con este artículo me corto la coleta», palabras de hondo sentido ante el fallecimiento de don José Camón Aznar. El artículo era EL GUERNICA DE PICASSO, que el «ABC» publicaba como recuerdo póstumo. Las palabras de despedida se insertaban en una nota dirigida al director del periódico. Poco después intervenciones quirúrgicas, y más tarde ese cortarse la «coleta» se traducía en una despedida de la vida.

Nacido en Zaragoza y vecino de Madrid desde hacía 40 años, ha sido considerado como uno de los grandes humanistas de nuestro tiempo. Crítico de arte, ensayista y dramaturgo, no es fácil resumir sus actividades. Sorprende la extensión y profundidad de sus conocimientos, que lo acercan más a un humanista del renacimiento que de nuestro tiempo, tan proclive a la especialización. Gran aficionado a la música, sus comentarios musicales rezuman sensibilidad, agudeza y acierto al describir compositores, obras y estilos.

La «Revista de las Ideas Estéticas» y la revista «Goya» son dos publicaciones de su iniciativa y puntales en el mundo de la investigación y crítica de arte que han traspasado las fronteras.

Cuando Lázaro Galdiano ofrece su colección privada de arte al patrimonio español, don José Camón Aznar, en su

cargo de director-delegado del museo, será el encargado de llevar la empresa adelante.

Camón Aznar: el arte en su sentido más amplio

Camón Aznar ha abarcado el arte en su sentido más amplio.

—Desde el arte de la España primitiva hasta Picasso —precisa don Enrique Pardo Canalis, subdirector del Museo Lázaro Galdiano, subdirector de la revista «Goya» y secretario general de la Academia de San Fernando—. Fue un gran estudioso sobre teatros, arquitectura plateresca, música, filosofía, y en literatura asombra su producción amplia: poesía y prosa, novelas, teatro... Son interesantes la serie de aforismos EL SOLITARIO, publicados en «ABC», una reflexión generalmente de tinte dramático sobre la misma vida y de expresivos versos.

—¿Qué obras cabría destacar?

—No es fácil —prosigue don Enrique—. Por mencionar algunas: «Artes y Pueblos», «Picasso y el Cubismo», «Arquitectura plateresca» y luego los «Tomos de la Summa Artis» (H.^a del Arte) de Cosío-Pizjoan y que más tarde dirigirá el propio Camón Aznar. Son importantes sus estudios de hombres como «Judas», «Nerón», «Papa Luna», «Hitler»...

Hombre con una honda preocupación religiosa ha plasmado este interés en publicaciones como «Dios en S. Pablo», «Arte y pensamiento en San Juan de la Cruz», «Habla el águila» (sobre S. Juan Evangelista)...

—A finales de abril escribe uno de sus últimos comentarios «¿Qué es la verdad?». Una glosa penetrante sobre la pregunta de Pilatos: «qué es la verdad? Una pregunta con una respuesta que flota ante los espacios y los futuros... En general su estilo tiene una cierta Unificación barroca, pero de gran enjundia.

Zaragoza le vio nacer y, fiel a su tierra, sus restos vuelven a ella. Allí, la «Fundación e Instituto Camón Aznar» instalada en el palacio de los Pardo, recogerá toda su obra y patrimonio artístico.

LA FUNDACION LAZARO GALDIANO: MUSEO, BIBLIOTECA, REVISTA «GOYA» Y ACTIVIDAD CULTURAL

José Lázaro Galdiano, adolescente de 14 años, adquiere su primera obra de arte. No conoce el alcance histórico total, pero siente pasión por ella. Esta primera manifestación artística será la que marcará su vida: una vocación por el arte. Cuando en 1947 a sus 85 años de edad moría, el palacete ajardinado, ubicado en la calle de Serrano, con todo su valioso contenido era ofrecido al estado español.

—Sí, pertenece a España, al pueblo español. Un profundo agradecimiento a tener en cuenta por parte nuestra, ante esa generosidad —indica don Enrique Pardo Canalis.

Al dejar a España sus bienes, éstos se configuraron en forma de «Fundación»

y la gran colección privada se mantuvo íntegra, la cual dio lugar al museo. La Fundación Lázaro Galdiano es un complejo más amplio que el propio museo. Abarca museo, biblioteca, revista «Goya» y una serie de actividades culturales «La Fundación creada por decreto ley perteneciente a un patronato que delega la dirección en don José Camón Aznar, hoy sede vacante y en espera de un nuevo director-delegado.

EL MUSEO LAZARO GALDIANO: EL ARTE EN EL ESPACIO Y EL TIEMPO

—Tiene una gran particularidad —afirma don Enrique—. Un museo de origen privado que por su *calidad* y *cantidad* ocupa un lugar destacadísimo.

Esta es la nota más sobresaliente. Recorrer el museo es lanzarse a través del espacio y el tiempo, al contemplar una gran variedad de piezas que los siglos han ido creando.

De amplios espacios y vistosas vitrinas, el buen gusto y la claridad dictan la exhibición de las obras. Es su universalidad lo que sorprende. Junto a las pinturas, orfebrería, tejidos, joyas y esculturas, una serie de valiosos muebles, impregnados de la vida de la familia Lázaro, siguen los mismos criterios estéticos del entorno.

El palacete de cuatro plantas (sótano-bodega, primera planta, planta noble, cocinas y cuartos de la servidumbre) ha sido remodelado, principalmente, en la planta sótano y cuarta. En la época de don José Lázaro las



plantas habitables por la familia eran las centrales y en ellas se repartían las colecciones de arte con un orden más familiar. Hoy, casi intacto, permanece el comedor central, de refinado gusto. Los techos de las dos plantas centrales conservan aún sus pinturas sobre lienzos inmensos, de la escuela de Lucas de Villamil. Y casi sin pretenderlo, ahora en el 1979, cuando otros palacetes de principios de siglo a lo Lázaro Galdiano han sufrido el golpe de la piqueta urbanística, éste, de la calle Serrano, se erige en conjunto artístico por fuera y por dentro. En su interior, el arte en el tiempo. En su exterior, una construcción de principios de siglo en contraste con el compacto cemento

esparcido por Madrid en verticales y anodinos bloques.

Recorrer el museo y tratar de resumirlo es disminuir su valor. Riesgo a asumir, siendo consciente de emitir un pálido reflejo de su realidad. La señorita María Guillén Salvetti, licenciada en Arte por París, en la Escuela del Louvre y adscrita a la conservación del museo, se brinda a ser mi guía. Un recorrido de intuición y acierto.

—Los esmaltes, el marfil y la estatuaría de bronce forman uno de los mejores conjuntos de la colección —valora la señorita María Guillén.

ESMALTES, MARFILES, BRONCE: Un puesto de preeminencia

Los esmaltes de diversas épocas, del siglo X hasta el XIV, forman un auténtico pasar histórico, y un estudio de las técnicas usadas. Esmaltes bizantinos del siglo X-XI, denominados esmaltes alveolados por dividir la base de oro con pequeños tabiques del mismo metal para el dibujo, y entre los cuales se introducía el vidrio fundido. Esmaltes de la región del Mosan, hoy Lieja y Rhin, cuya técnica prefiere excavar la placa de cobre y depositar el esmalte, de ahí su apellido de «esmaltes excavados». Entre ellos, los esmaltes de Limoges, siglo XIII, sobre los que pegan en relieve las figuras de cobre o metal dorado. Esmaltes traslúcidos del siglo XIV y por fin la pintura de esmalte, propia de los siglos XIV y posteriores. Piezas claves son: tapas de Evangelarios, el martirio de San Esteban, la figura del Salvador, arte mosano que se relaciona con el español de siglos del siglo XII... Limoges tiene dignos representantes en su naveta románica, los dos incensarios, las arquetas de los reyes magos y de los ángeles de delicado dibujo y entonada coloración.

Entre los esmaltes pintados destacan los del ciclo de Juan I Penicaud: tríptico del beso de Judas, los azotes, y la coronación de espinas.

De la temática religiosa de los prime-

